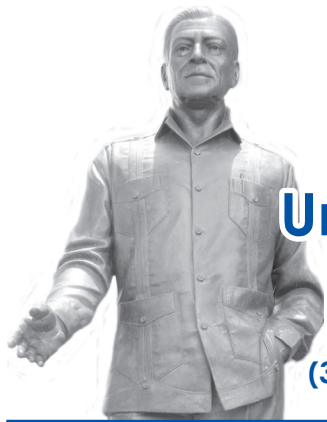




Una espantosa mutilación

(3 de noviembre de 1957)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2581

DOMINGO 16 DE FEBRERO DE 2020

La marcha de la humanidad, mural de David Alfaro Siqueiros, ubicado en el interior del Polyforum Cultural Siqueiros, en la Ciudad de México.



ESCRIBEN: David Huerta, Eréndira Cortés, Salvador Velazco, Norma Navarrete, Miguel León, Ramón Moreno, Lía Llamas, Herles Velasco, Azul Sevilla y Carlos Caco Ceballos.

Muralistas en Nueva York

Ágora



Cristo destruyendo su cruz (1931), de José Clemente Orozco.

La Revolución Mexicana también revolucionó la cultura, en particular el arte. En 1920, un grupo de pintores intelectuales tomó la iniciativa, a partir de las profundas desigualdades sociales de la época, de construir una identidad nacional que abarcara todos los sectores de la sociedad mexicana. Los tres artistas notables de este movimiento fueron David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Diego Rivera.

La influencia que ejercieron estos tres muralistas en la escena artística trascendió no sólo en México, sino también en los Estados Unidos, donde también hicieron obra para instituciones culturales y educativas, así como en edificios privados y espacios públicos. Estas creaciones atrajeron a dos jovencísimos pintores: Jackson Pollock y Jacob Lawrence, que junto a otros más adoptaron la técnica de los mexicanos en sus pinturas.

Una muestra de lo anterior y en reconocimiento a esa influencia de nuestros paisanos hacia los norteamericanos se muestra en la exposición que se inauguró el miércoles pasado en el Museo Whitney de Arte Americano, en la ciudad de Nueva York, como: "Vida Americana: Los muralistas mexicanos rehacen el arte estadounidense, 1925-1945"; una reflexión plástica y dialógica de cómo la obra de los artistas mexicanos inspiró al arte estadounidense del siglo XX, que se sacudió de la dominación estética europea hacia creaciones nativas y de

importancia pública.

La exhibición, que estará abierta al público desde mañana, 17 de febrero, y permanecerá hasta el 17 de mayo, está compuesta por más de 200 obras de 60 artistas mexicanos y estadounidenses, pero se centra en la influencia de los tres grandes del muralismo mexicano: Siqueiros, Orozco y Rivera. Figuran María Izquierdo, Alfredo Ramos Martínez, Rufino Tamayo, Mardonio Magaña, Frida Kahlo y Miguel Covarrubias. A mi parecer, el único gran ausente de esa exposición fue Jorge González Camarena, un muralista genial que si bien fue posterior a la primera etapa del muralismo, por el estilo, la técnica y la temática tenía muchísimo más mérito que la propia Kahlo.

Entre los norteamericanos, además de Jackson Pollock y Jacob Lawrence, se incluyen pinturas de Thomas Hart Benton, Elizabeth Catlett, Aaron Douglas, Marion Greenwood, William Gropper, Philip Guston, Eitarō Ishigaki, Harold Lehman, Charles White y otros más.

Los muralistas mexicanos también influenciaron al arte chicano, esos conacionales que habitando en Estados Unidos han manifestado su rechazo a la opresión racial, social y política, expresando en sus creaciones la identidad, el humor, la religión y la expresión individual. En este sentido, a partir de una obra de David Alfaro Siqueiros, *América Tropical*, Salvador Velasco nos expone en su excelente artículo (página 3) el origen de ese mural y la relación con los chicanos.

Libros y otras cosas

El viaje de Jacobo Sefamí

David Huerta

Un hombre emprende un viaje. Sabe a dónde irá pero no sabe qué encontrará en esos lugares a los que se dirige; son "tierras extrañas", de las que posee noticias magras o abundantes, ricas pero frías y, para él, suficientes. Sabe que las raíces de su familia, sus orígenes genealógicos, están allá, en esos dominios. Sabe o intuye que ese viaje tiene los rasgos distintivos de una larga jornada iniciática; que es un viaje de conocimiento, de intensa introspección, de búsqueda de sentido.

Esos lugares a donde va tienen nombres precisos: Turquía, Siria... Israel. De allá llegaron las gentes de su familia hace años, cruzando mares y geografías, y se asentaron en México. Eran judíos de Sefarad, desperdigados por media Europa y en el Medio Oriente. Su lengua es, sigue siendo, el ladino, el judeoespañol, lejano del hebreo de Sem Tob de Carrión pero nacido en los mismos ámbitos, fruto de los exilios interiores y de las expulsiones violentas.

Ese hombre viajero, ese *homo viator*, se llama Jacobo Sefamí. Escribe, lee, enseña; busca significados y formas en vastas bibliotecas poéticas. Cuando se ríe, sobreviene a su alrededor una especie de temblor telúrico: su carcajada es franca y abierta, vibrante; llena los espacios y los espíritus con la energía de un júbilo contagioso.

Pero este viaje no es cosa de risa. Hay en el trayecto una multitud de signos que el *homo viator* debe descifrar y poner en relación con señales y ritmos, con palabras

y entonaciones. El viaje se convierte paulatinamente en una inmersión en aguas cada vez más profundas.

Por tierras extrañas es un libro hermoso, concebido por una mente despierta y ejecutado por una pluma versátil, capaz de calar en las múltiples dimensiones de una experiencia única. Jacobo Sefamí sabe y siente cómo su peregrinaje por aquellos países lejanos lo pone en relación con un pasado laberíntico de razas y culturas; sabe también que no podrá, por más que se esfuerce, abarcar todo lo que le ofrece el espectro de lo que ve y escucha, de las

presencias y de lo que las presencias articulan dentro de su espíritu de viajero inquisitivo.

Y luego viene un viaje mucho más complejo al pasado mexicano de este hombre, y de ello queda el testimonio desolador en el otro libro, el conjunto de poemas que lleva por título *Mili en lo inacabado mutante*. Un círculo parece cerrarse: una imagen de Mili, la hermana ausente, está ahí, en la por-



tada de *Por tierras extrañas*.

Conozco a Jacobo Sefamí hace ya muchos años; es una presencia entrañable en mi vida y en la vida de muchos otros. Su libro *Por tierras extrañas*, junto al otro con el que forma un díptico, *Mili en lo inacabado mutante*, ha sido el punto de partida de esta columna. Sé que no le hago justicia a ese libro viajero, a ese otro libro que le responde, la evocación de una tragedia imborrable.

Sé que he leído con fervor estas páginas que no olvidaré. Son una escritura entrañable y noble.



A las nueve en punto

América Tropical

Salvador Velazco

David Alfaro Siqueiros, uno de los tres grandes muralistas mexicanos del siglo XX, vino a Los Ángeles en 1932 en calidad de refugiado político. Durante los seis meses que estuvo en esta ciudad (desde donde escribo estas líneas), elaboró uno de sus murales más controvertidos, *América tropical*. Para sorpresa de quienes lo habían patrocinado —mismos que esperaban un fresco en donde se representara una arcadia californiana, plétórica de felicidad y armonía, con un sol radiante, palmeras y frutos al alcance de la mano—, el artista utilizó el espacio para hacer una fuerte crítica política.

En el centro de la composición se encuentra un indio crucificado entre las ruinas de unas pirámides rodeadas de una selva tropical amenazante. En lo alto de la cruz se yergue, dominante, un águila que simboliza el imperialismo de los Estados Unidos. En el extremo derecho aparecen un campesino andino y uno mexicano con un fusil en la mano mirando en dirección del águila imperial, listos para atacar. Nada pintoresco, nada folclórico.

Siqueiros pintó el mural en una terraza del segundo piso de uno de los edificios de la histórica calle Olvera, en el mismo sitio donde se fundó la ciudad en 1781 y que es ahora un área turística muy popular, el distrito histórico del pueblo de Los Ángeles. El mural provocó de inmediato una fuerte polémica y en 1938 fue cubierto por una pintura blanca, quedando abandonado a los rayos del sol y la lluvia.

En 2012, ochenta años después de su creación, gracias al Getty Conservation Institute, se volvió a presentar al público en su espacio original lo poco que queda del mural. Para ello se creó el America Tropical Interpretative Center, un pequeño salón contiguo al mural que cuenta con una plataforma desde donde se puede apreciar la obra de Siqueiros. Este centro, además, ofrece una ilustración de la década de los treintas, época en que fue realizado el mural, así como interpretación histórica y cultural del mismo.

Cada que tengo oportunidad me gusta pasar por la calle Olvera e invariablemente termino visitando el mural de Siqueiros. Y siempre recuerdo la inspiración que este muralista ejerció en los artistas chicanos, quienes en la década de los sesentas, comenzaron a pintar las paredes de Los Ángeles como una manera de afirmar una rica tradición cultural. Si en México, después de la gesta revolucionaria (1910-1917), artistas

como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, usaron los murales como un vehículo de expresión artística para coadyuvar a la creación de una nueva conciencia nacional, en Los Ángeles, los artistas mexico-americanos pintaron sus barrios para luchar contra la discriminación y el racismo. Pero, sobre todo, para reafirmar la identidad de una comunidad resiliente que ha sido sometida a los estereotipos más denigratorios.

América tropical ha perdido la rica paleta de colores que era característica de Siqueiros y las poderosas formas del dibujo. Sin embargo, esas siluetas diluidas, esos contornos fantasmales que apenas distingo en el mural me hablan del presente. El indio crucificado se ha convertido en una poderosa imagen de la iconografía del arte chicano. Quizá el ejemplo más relevante sea el mural que se encuentra en Santa Ana Collage, en donde este indio martirizado se asocia con la tumba de Rubén Salazar, periodista mexicano-americano de *Los Angeles Times* y cronista del movimiento chicano. Así, se establece un paralelismo simbólico con el sacrificio del periodista que murió tras ser alcanzado en la cabeza por un proyectil de gas lacrimógeno disparado por la policía el 29 de agosto de 1970, durante las protestas del movimiento Moratoria Chicana contra la guerra de Vietnam en Los Ángeles. Tenía 42 años. Se intentaba silenciar una poderosa voz para la comunidad.

Más que ninguna otra ciudad en los Estados Unidos, Los Ángeles concentra la mayor cantidad de murales chicanos, lo cual tiene sentido si consideramos que ha sido la metrópoli con más población de ascendencia mexicana a lo largo de la historia. Con *América Tropical*, Siqueiros se ha convertido en una fuente de inspiración para la expansión del movimiento muralista en Estados Unidos. Sin embargo, este mural no fue el primero que se pintó en este país. Tal distinción le correspondería al *Prometeo* del jalisciense José Clemente Orozco, pintado en 1930, dos años antes que el mural de Siqueiros.

Ambas obras constituyen un capítulo esencial en la historia de las interacciones artísticas y culturales entre México y California. El mural de Orozco se encuentra en Pomona College, a 56 kilómetros de distancia del centro histórico de Los Ángeles. El tema central es la figura de Prometeo, ese titán que robó el fuego a los dioses para dárselo a la humanidad. Pero esta historia la contaré en una próxima entrega de esta columna. Por supuesto, *A las nueve en punto*.



América tropical desde la plataforma de observación.



El mural poco después de haber sido terminado. En el primer plano, un colaborador de Siqueiros.



La calle Olvera en 1934. En la parte superior se pudo apreciar parte del mural de Siqueiros.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una espantosa mutilación

Don Manuel Sánchez Silva



(3 de noviembre de 1957)

Para los tradicionales festejos taurinos de Villa de Álvarez, correspondientes al año de 1920, se generalizó un singular entusiasmo debido a las versiones propaladas en el sentido de que don Salvador M. Ochoa, dueño de Buenavista, y don Luis Brizuela, propietario de La Estancia, habían recomendado a sus respectivos caporales escoger a los mejores toros a fin de mandarlos a la plaza, con la vanidosa aunque secreta intención en cada uno de superar al otro y humillarlo en público, en una demostración más de las antipatías que recíprocamente se profesaban como consecuencia de viejos disgustos provocados por cuestiones sentimentales, acentuadas por pleitos y dificultades de aguas y tierras de sus pertenencias colindantes.

Se contrató en Guadalajara una modesta cuadrilla taurina, capitaneada por un antiguo novillero fracasado conocido por el alias de “El Fajerito”, para quien ya habían pasado los mejores años de su juventud y las ilusiones de conquistar en los ruedos fama y dinero.

Correspondió a don Salvador proporcionar toros para el “recibimiento” del comercio y a don Luis para el del gobierno del estado, que siempre han sido los de mayor lucimiento.

Don Salvador, hombre rumoso y gastador, presumido y generoso, envió más de treinta magníficos toros para satisfacer los deseos de la afición en el “toro de once” y en la corrida de la tarde, y la gente comentaba con alegría las prolongadas diversiones de que iba a disfrutar con la interminable lidia de tanto bovino.

Y tal como se presentía, el festejo resultó en extremo animado y el público salió de la plaza cuando las primeras sombras de la noche empezaban a invadirla, con las manos amoratadas de aplaudir y la garganta enronquecida de gritar. ¡Don Salvador se había lucido...!

Cuando llegó el turno a La Estancia, don Luis, que era antitesis de don Salvador, envió tan sólo dos toros para la mañana y ocho destinados a la tarde, tacañería que daba lugar a severas críticas en quienes se sentían defraudados: “¡Viejo tacaño! ¡Dejara de ser un muerto de hambre!”

Sin embargo, lo reducido del número de animales se compensó con largueza por la bravura y vigor infatigable de los mismos.

Durante la lidia de los dos toros correspondientes al “de once”, se registraron frecuentes percances entre jinetes y torerillos espontáneos, que anduvieron a sustos y carreras por el empuje y valentía de los astados.

Pero lo mejor vino en la tarde, cuando abrió plaza un toro castaño oscuro de bellísima estampa, que desde al salir se adueñó del ruedo y trajo de cabeza a todo el mundo. La autoridad ordenó que los lazadores entraran en funciones, y un largo rato les costó colocar la reata en el testuz del animal y después el “pial”, esto último logrado por don Domitilo Hinojosa, insustituible talabartero y excelente lazador, que año con año cosechaba clamorosas ovaciones por el certero manejo de su sogá de lechuguilla.

Una vez derribado el toro y en contraste a la ordinaria abundancia de presuntos jinetes

que en cada ocasión se disputaban el privilegio de “levantarse” en el lomo del animal, nadie se presentó en esa ocasión, pues los más audaces se sentían intimidados por el aspecto feroz de la imponente res, lo que dio origen al consabido grito popular burlón y retador:

—¿Qué no tiene jinetes la hacienda?

Significativa provocación que hirió el amor propio de los vaqueros de La Estancia e indujo a uno de ellos, de nombre Toribio Castro, muchacho que cifraba apenas entre los 20 y 22 años, a descender del tablado en que se hallaba y dirigirse, paso a paso, pálido pero resuelto, hacia el lugar del redondel, donde el toro aguardaba que algún atrevido se resolviera a meter las manos bajo el pretal.

Como siempre ocurre en estos casos, mientras Toribio se acomodaba para la peligrosa faena, se escaparon de los tendidos los gritos picarescos:

—¿A quién le dejas la viuda? ¿Ya hiciste tu testamento?

Sin embargo, segundos antes de que el toro quedara libre y pudiera incorporarse, guardó el público un silencio expectante, que precede a los grandes riesgos, y

cuando al fin recobró el animal su habitual posición, llevando a Toribio firmemente sujeto sobre el corpulento cuerpo, se desató en bruscos e incontenibles reparos que no lograron descomponer al estupendo jinete, el cual impávido, con los ojos brillantes y la boca contraída de varonil coraje y orgullo, resistió el indómito empuje de la fiera.

En toda la plaza se desencadenó una salva de aplausos y exclamaciones, nacidas de la creencia y confianza de que Toribio había dominado la situación. Por desgracia no era así, pues en un momento dado el toro se disparó sobre las trancas y materialmente estrelló a su jinete contra la puerta de toriles. Atolondrado por el golpe, Toribio aflojó manos y piernas y cayó al suelo, donde el toro hizo por él: enganchándolo por la entrepierna lo levantó, desmadejado e inerme como un laxo y grotesco muñeco de trapo. Acudieron los toreros temerosos a que el animal, furioso y encarnizado,

se revolviera junto al cuerpo del infeliz jinete y otra vez lo corneara en el muslo.

Los amigos y compañeros de Toribio se dejaron caer al suelo para atender al herido. Uno de ellos lo cubrió con una frazada y entre todos lo levantaron y extrajeron de la plaza en la que siguió desarrollándose la lidia, entre el pánico de los diestros y el cruel alborozo de los espectadores.

No obstante, a los pocos minutos la terrible noticia corrió de boca en boca, con la extraordinaria velocidad que adquieren las informaciones cuando son impulsadas por la mala suerte: ¡Toribio había recibido un cornalón en las partes más nobles del hombre y, de sobrevivir, quedaría convertido fatalmente en imprevisto e irremisible eunuco!

Pero Toribio no sobrevivió a la espantosa mutilación, muriendo al día siguiente ante la acongojada presencia de sus familiares y amigos.





Hasta los tímpanos

Primera vez

Eréndira Cortés

Eran más de diez mil personas y seguían llegando, como una marejada, riachuelos de cuerpos que desembocaban a la explanada principal. En uno de esos tumultos iba. Al principio solamente distinguía siluetas y rostros desfigurados por la prisa, hasta que lo vio. Sin pensarlo, dejó a sus acompañantes e intentó acercársele, hacía varios meses le había perdido la pista.

Llevaba una playera negra, pantalones de mezclilla, botas mineras y el cabello desaliñado. A unos metros de distancia lo llamó por su nombre, pero no contestó. Sólo movió su cabeza, casi oculta bajo una gorra deslavada. Seguro el bullicio y la música se habían tragado sus palabras; volvió a intentarlo en vano. Se escabulló entre la gente, deslizándose entre brazos, piernas, muslos, hombros, caderas; por fin desembocó tras él, tiró de su playera mientras saludaba efusivamente. Al verse de frente, ambos gesticularon sorpresa.

Sólo le sonrió con la mirada confusa y no le quedó más que voltear de inmediato su cara enrojecida. Quiso buscar a sus amigos, pero fue en vano. En eso empezó *El baile y el salón*. Las gargantas de la multitud enloquecieron, todas las voces formaron una sola voz,

los cuerpos fueron una sola marea de piel sudada, y los dos cruzaron un par de miradas y sonrisas entre todo aquello.

De pronto, unos chicos encendieron con empujones la mecha que explotó en un masivo slam. Siempre había tenido la tentación de bañarse en esos mares, pero le temía a los tiburones y procuró mantenerse cerca de la orilla. Apenas pudo distinguir la gorra flotando en la superficie hasta que en un punto la perdió de vista. El espacio se fue estrechando cada vez más, casi se queda sin aliento. Buscó entonces huecos y sin querer se aproximó al escenario. Fue un concierto memorable.

En eso empezó *El baile y el salón*. Las gargantas de la multitud enloquecieron, todas las voces formaron una sola voz, los cuerpos fueron una sola marea de piel sudada, y los dos cruzaron un par de miradas y sonrisas entre todo aquello.

Pasó una década en la que las idas a conciertos fueron escaseando, mientras los días en la oficina iban en aumento. En ese transcurso conoció a alguien por internet. Las cosas cuajaron y fueron una pareja estable. Alguna vez hablaron de ese concierto. Ambos estuvieron la misma

noche en el mismo lugar, ambos corearon la misma canción. Aunque uno de los dos llevaba playera negra, no recuerda que lo hayan confundido. Es lo mismo, todas son personas, quizá en algún punto nos fuimos a encontrar, piensan. Y prefieren contarle a los demás que esa fue la primera vez que se conocieron.



Si esto fue nacer

Miguel Ángel León Govea

Fue un cambio de vía láctea,
un camino que promete
el pronunciamiento de los pasos.

Conocer el mar.

Una casa para la vejez,
cuerpo y memoria
atravesando la posibilidad
del accidente
del derrame
del infarto.

Nacer para atravesar
la confusión que supone la vida

para estar todos aquí
bebiendo
alrededor de este manantial
que brota en el límite de la muerte

y no juzgar el suicidio.

Nacer para que la mariposa
se pose en nuestros ojos
y entonces recordarla en cada parpadeo

porque en la repetición de la luz
vi tu rostro y el movimiento de tus labios
que es igual a escuchar tu voz
en la belleza del silencio.

Si esto fue nacer,
es una maravilla
que cualquier día
pueda ser el soplo a la llama.

Que cualquier palabra nos nombre.
Que con cualquier palabra nos olviden.

Si esto fue nacer
estoy seguro
de que hay alguien que escribe esto
del otro lado,
en una vereda más
del mismo camino.

Tecnocultura

Hay vida más allá de Hollywood (y de Netflix)

Herles Velasco

Es cierto que la tendencia de la academia (estadounidense) es hacer un poco más... variada la selección de películas que nominan a los Oscar; la corrección política y esa tremenda necesidad que tienen sus miembros de mostrarse como las personas más bondadosas y humanas, *progres*, promotoras de las causas más nobles que existen en el mundo mundial son parte de esa motivación que los lleva a incluir cine de otras latitudes, con otras temáticas, de otros presupuestos, con menos CGI (Gráficos Generados por Ordenador), etcétera, etc. Y no me malentienda, gusto del llamado séptimo arte en casi todas sus variantes; no hago juicios de calidad basados en el lugar en donde se exhiben las películas o por su país de procedencia; en qué tan famoso es un director o si es sólo conocido por un grupillo de iluminados poseedores de la verdad; disfruto tanto de una comedia ligera como de esas *pelis* con pretensiones didácticas que buscan desesperadamente arrancarnos la venda de los ojos.

Estoy más peleado con la sobreexposición de esa obra producida en los grandes estudios, y ese aparente tabulador de calidad (y moralidad) que promueven y con el que crecemos y vivimos y creemos a ciegas. Nos hemos acostumbrado a una narrativa llena de estímulos visuales, auditivos, mercadotécnicos (y otra vez: el eterno discurso moralino gringo) que provocan el aburrimiento cuando estamos antes propuestas más contemplativas (o moralmente más audaces), con actores de los que no sabemos sus vidas privadas, de quién se divorciaron, cuántos seguidores tienen en Twitter o con qué *look* fueron a comprar un café al Starbucks.

Pero, como reza el título de esta colaboración, hay

vida más allá, con propuestas que no buscan suplantarse una cosa con la otra, sino simplemente ampliar la oferta: sumar.

Hay que decir que Netflix significó cierto cambio en los paradigmas (aunque sigue habiendo resistencias), atreviéndose a producir fuera de Estados Unidos y dar oportunidades a actores y directores de formar parte de grandes producciones; va, tampoco podemos decir que fue una revolución filosófica, mucho del pensamiento del vecino país salió a esparcir sus mismas concepciones del mundo tropicalizadas.

Pero ahí está también Filmin Latino, con suscripción mensual de \$69, o rentas de \$25, e incluso películas gratuitas; encontrará a directores fundamentales como Roberto Gavaldón, Ripstein, Cazals o Buñuel; o grandes promesas como Bruno Santamaría. Mil 600 títulos (o más, si puede acceder al catálogo de Filmin España) en todos los géneros, y que trae además cada año todo My French Film Festival, gratis.

MUBI, por \$99 mensuales, y también opciones para alquilar, con una buena selección de Herzog, Almodóvar o Truffaut; pero también Woody Allen, Spike Lee, Kubrick o Jon Favreau; un gran catálogo que se renueva todo el tiempo y con selecciones temporales muy interesantes enfocadas en países y festivales.

Klick, de una de las grandes exhibidoras mexicanas, que no sólo permite la renta o compra de las grandes producciones estadounidenses que apenas salen de cartelera, también hay filmes seleccionados de grandes festivales como Morelia, Cannes o Berlín. Vamos, que lo que falta en estos casos es tiempo, no opciones.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



Las actrices Laura Dern y Scarlett Johansson, en una escena de la película *Historia de un matrimonio*.



The Riverbed Nightingale, de Tran Nguyen.

El encuentro

Norma Navarrete

Estoy esperando vestida de blanco
Con un billete de juguete de cien pesos
Para comprar mi remolque a la pista de la luna.

Voy, pisando hormigas y césped,
Pienso: ¿Por qué son mis pies así?
Rosados y cortados desde muy pequeña.
Además me dijeron que tenía un nombre;

Extravié el nombre...

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
IX

Negro luto, roja sangre. Heroica empresa

Ramón Moreno Rodríguez



De los genocidios cometidos por Cortés, el más cruel y sanguinario fue el perpetrado contra los cholultecas. Sólo fue mayor la sevicia de Pedro de Alvarado cuando, meses después a lo ocurrido en Cholula, éste hiciese la abominable matanza del Templo Mayor. Corría el mes de noviembre de 1519 cuando los españoles y sus aliados, los tlaxcaltecas, dejaron esta monarquía indiana cubierta de negro luto y roja sangre. El siguiente objetivo era subir a la Sierra Nevada para pasar por fin al Anáhuac.

Como lo saben los que están bien informados en temas geográficos, el altiplano mexicano se constituye, en la parte que corresponde al Eje Neovolcánico, por dos inmensísimas planicies. En medio, separándolas, se encuentra la Sierra Nevada, cuyas principales cumbres son el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y el Volcán Tláloc. La zona oriental se llamó por muchos siglos Teochichimeca y hoy la conocemos como Valle de Puebla; la occidental fue conocida como Anáhuac, y hoy la llamamos Valle de México.

Ambas regiones se han caracterizado por estar siempre muy pobladas. Múltiples y complejas culturas se han desarrollado en aquellas bellísimas y fertilísimas tierras. Palacios, jardines, templos, tesoros, canales y cultivos inusitados construyeron aquellos pueblos. El conflicto, la incomprensión y la rivalidad fue el signo distintivo de las relaciones que establecieron desde sus orígenes los pueblos que habitaban de uno y otro lado esas espectaculares montañas. En aquellos remotos hechos tiene su origen la rivalidad entre mexicanos y tlaxcaltecas.

Tres eran las principales rutas para ir de una a otra región. Quienes estaban en la Teochichimeca y pretendían llegar al Anáhuac, podían bordear la sierra por su extremo norte y así pasar de Tlaxcala a México vía Apizaco, Calpulalpan, Otumba, Acolman y Cuautitlán. Una vez en los márgenes del Lago de México, se bordeaba éste por su estribación occidental y en consecuencia se pasaba por Tenayuca, Azcapotzalco y Tacuba. Aquí se tomaba la calzada que conducía a México. Un segundo itinerario implicaba subir a la Sierra Nevada y atravesar por las cañadas que separan el Volcán Tláloc del Iztaccíhuatl; por lo tanto se pasaba por Huejotzingo, Río Frío, Coatepec, Coatlinchán, Huexotla y Texcoco; luego se tomaban las naves que conducían a Iztapalapa y de ahí por la calzada sur hasta Acachinanco, torre vigía que estaba donde hoy se encuentra la capilla de San Antonio Abad. Finalmente estaba la menos dilatada pero más extenuante ruta que implicaba pasar entre el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. En la actualidad se le llama a este puerto de alta montaña Paso de Cortés. Este recorrido empezaba en Cholula y seguía por Calpan, Xalitlitzintla, Amaquemecan (Amecameca), Chalco; a partir de esta monarquía indiana se navegaba al pie de la Sierra de Iztapalapa; esto implicaba transitar por Cuitláhuac (hoy Tláhuac), Culhuacán y Mexicaltzingo. En esta última se saltaba a la calzada de Iztapalapa-Coyoacán.

Cortés eligió en aquel noviembre de 1519 la ruta que ahora hemos descrito. ¿Por qué lo hizo? El puerto donde confluyen los dos grandes volcanes se encuentra a más de tres mil metros de altura sobre el nivel medio del mar, por lo tanto, quien llega hasta ahí y partió desde Cholula deberá

elevarse por más de mil metros por pronunciada e ininterrumpida pendiente y así transitar de los 2400 a los 3600 msnmm. No es poco el esfuerzo que se tiene que hacer y no lo es menos si se toma en cuenta el pesado fardaje de los españoles que incluyen sus pesadísimos cañones. Los indios, grandes caminantes, evitaban hacer uso de este camino en los periodos invernales.

Por otro lado, si se quisiera llegar a la cumbre del Popocatepetl se tendría que ascender mil seiscientos metros más; es decir, aquel paso se encuentra tan sólo a la mitad de la altura total, o poco menos. Pues bien, cuando los extranjeros se encontraron en aquel inusitado lugar (el espectáculo de tan colosales montañas quita el aliento) decidieron reconocer la cima del volcán y en consecuencia se envió una cuadrilla de diez hombres. Dice el historiador Hugh Thomas que lo más probable es que Cortés y sus hombres jamás hubieran visto un volcán activo porque no habían pasado por Italia ni explorado las Canarias. Es posible eso, aunque no seguro, pero no discutiremos ahora las ideas de tan eminente autoridad.

Como quiera que fuera, mirar un volcán que a cada tanto lanza sus atronadoras amenazas no es algo común, si además se le agrega que es un gigantesco coloso que mide casi dos veces lo que el Etna y más de cuatro lo que el Vesubio, y si a esto se le suma el espectáculo de las largas columnas humeantes que le dan su nombre, realmente debieron sentirse muy privilegiados cuando lo tuvieron frente a sí.

Otro aspecto. Si pasar de la Teochichimeca al Anáhuac por aquel peligroso camino era una verdadera temeridad, cuando se podía hacer el relajado camino tlaxcalteca (algunos historiadores atribuyen la decisión de subir a aquellos parajes un engaño de los mexicanos para hacerlos perecer o por lo menos atemorizarlos), decidir subir a la cumbre del volcán fue algo simplemente sin explicación.

Thomas, entre otros historiadores anglosajones, reconoce que si en los españoles hubo alguna hazaña sin cuestionamiento alguno, durante el proceso de expansión de éstos por América; si existió alguna gesta admirable sin ápice alguno de cuestionamiento, esa fue la labor exploratoria. A esto agréguese, insiste nuestro autor, que ninguna otra nación europea pudo imitar o igualar tales proezas. Dice el británico que los españoles fueron gran espíritu de esfuerzo y que los trabajos realizados fueron realmente hercúleos; en fin, que nada ni nadie los detuvo en sus inagotables periplos, que aquello fue una labor propia de gigantes prácticamente inexplicable.

Sin duda, subir a las cumbres del Popocatepetl y entrar a su cráter para robarle algunos costales de azufre para con él fabricar la indispensable pólvora es una hazaña admirable. Hoy, incluso con la mucha tecnología que se posee, quizá sería algo difícil de igualar.

Fue al zamorano Diego de Ordás a quien correspondió culminar la heroica empresa; no obstante, hay poderosas razones para dudar de tal audacia. Ya lo veremos en la siguiente entrega.

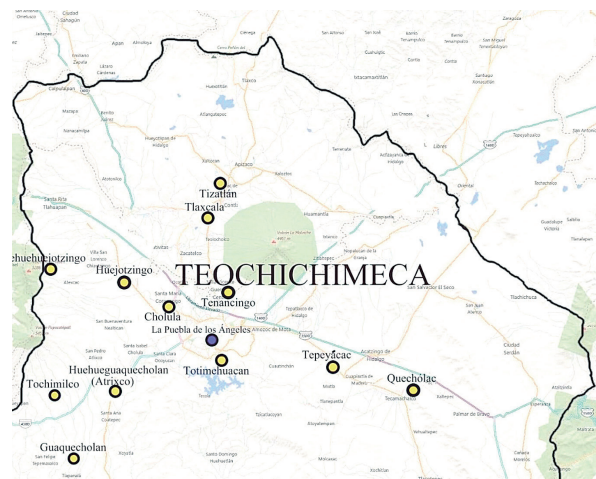
**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr@vivaldi.net



Volcán Popocatepetl, visto desde Paso de Cortés, en el Estado de México.

Cortés eligió en aquel noviembre de 1519 la ruta que ahora hemos descrito. ¿Por qué lo hizo? El puerto donde confluyen los dos grandes volcanes se encuentra a más de tres mil metros de altura sobre el nivel medio del mar, por lo tanto, quien llega hasta ahí y partió desde Cholula deberá elevarse por más de mil metros por pronunciada e ininterrumpida pendiente.



DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Simples equivocaciones

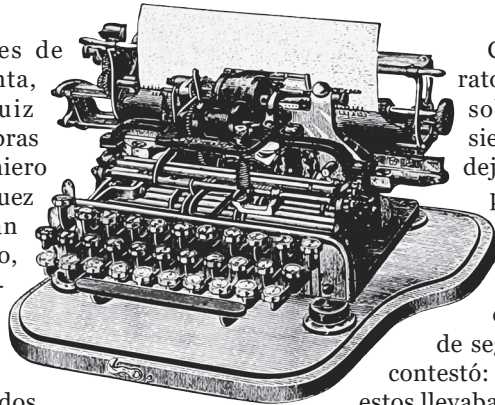
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1995. A fines de la década de los treinta, el ingeniero José Ruiz Ugalde trabajaba en Obras Públicas, en compañía del ingeniero Díaz de Sandi y de Fernando Vázquez Schiaffino. Las oficinas estaban localizadas en el antiguo obispado, hoy estacionamiento Constitución. Pues bien, Ruiz Ugalde, por su juventud, desde luego hizo amistad con los de Colima, y estando en plena primavera todos se encaminaron a las lindas playas de Cuyutlán, y ya ahí, por supuesto se hospedaron en el Hotel Ceballos, donde encontraron cómoda y alegre posada.

En las primeras horas, el ingeniero Ruiz vio y conoció a Blanquita, linda jovencita tapatía con quien se bañó, bailó a los acordes de la orquesta de Nacho Pérez y sencillamente nos hizo a un lado a todos sus amigos. Y así transcurrieron las horas hasta que todo cambió cuando el sábado por la tarde llegó en el tren, un jovencito tapatío que indudablemente era el novio de Blanquita. Desde ese momento ella cambió radicalmente, mientras todos nosotros, viendo aquello tratábamos con palabras de consuelo hacer más llevadera la mortificación de nuestro amigo.

Al día siguiente, domingo de Pascua, a la hora del desayuno, al *Culichi* se le ocurrió mandar al mercado por un montón de pedazos de calabaza bien enmielados; con mucho sigilo recomendó que todo lo pusieran en un platoncito y tan pronto nos sentamos en la mesa a tomar el desayuno, se presentó el mesero con el platón de calabazas y una tarjeta bien grande que decía: “Ingeniero, espero le gusten las calabazas a Blanquita”. Todos nos reímos y hasta algunos con carcajadas, mientras el ingeniero, muy serio y compungido, como que quería que se lo “tragara la tierra”. Mientras que en otra mesa, Blanquita, se notaba apenada, el novio sorprendido y los papás mortificados al ver la “blanca bromita”, originada solamente por una simple equivocación del ingeniero Ruiz al haber escogido una pajarita con ya joven pájaro de compañero.

Por los años cuarenta, mi buen amigo Rubén Negrete era novio de Esthercita, hermana de Jorge, el del “Paraíso”, hijos de la señora Flavia y de don Urbano Salazar, dueño de los hermosos ranchos “La Cañada” y la “Parranda”, localizados cerca de Comala. Pues bien, una navidad Rubén mandó arreglar unas grandes y atractivas canastas bien surtidas para arreglo de Nochebuena, y un día de esos, su chofer llevó a la casa de Tey, que vivía por Gildardo Gómez, dos arcones; los recibió Petrita, la sirvienta mayor de la casa, quien las colocó en el recibidor dándole las gracias al enviado.



Cuando se reunió la familia un poco rato después, comentaron extrañados sobre las dos hermosas canastas, siendo que sólo una deberían haber dejado, y estaban en eso cuando de pronto se presentó el chofer pidiendo disculpas y agregando que se había equivocado de casa, por lo que iba a recogerlas; la señora le dijo: Pues llévate una, pues la otra de seguro es la de Tey, y entonces éste contestó: No, señora, me equivoqué de casa, estos llevaban paquetes de cigarros y puros del Balsas, aguardientes y son de color negro, uno es para el general, jefe de la plaza, y el otro es para el gobernador, pero al ratito le traigo el de la señorita, el que apenas están arreglando. Y efectivamente, al poco rato llegó nuevamente con una canasta color de rosa, llenas de flores, dulces, galletas y un cupido bien plantado en el centro del arcón navideño.

Por aquellos lejanos ayeres, a finales de los treinta, Rubén Negrete, Humberto Piza, David Betancourt, el Chato Castro y yo, íbamos para Cuyutlán, y cuando pasábamos por los “Llanos de Tecmán”, se nos ocurrió llegar al “Casco”, para saludar a los Michel. Como entramos al rancho por el rumbo de la cocina, al metate unas cebollas y unos chiles secos, el olor bien bonito, pero de seguro picante para los ojitos del chiquillo. Jorge, Alfonso y Amalia estaban en el corredor, y después de saludarnos nos sentamos a platicar en frescos equipales. No habían pasado unos minutos cuando de repente llegó Nacha, la cocinera, a decirle a la señora Amalia que a Manuelito se le había hecho pedazos la mano. Todos al momento nos levantamos asustados y casi corriendo nos encaminamos a la cocina, y ahí, de inmediato nos dimos cuenta de la risible equivocación. Todos pensamos ver al muchachito desangrándose con la mano partida y vamos viendo que la “hecho pedazos” era la “mano del metate”, la que en un descuido del chamaco se le cayó y así se hizo pedazos.

Y así de sencillo es como se arregló un mal entendido al ordenarle Amalia al “peón de estribo” de Jorge: Ahora vete a Tecmán, en un puesto de Juanita me compras una “mano” nueva. ¿Y si no me quieren vender la pura mano? Pues entonces me *trais* también el metate que nos servirá de reserva, por si el otro también se nos hace pedazos. Y así, parecidos, eran muchos de los sucedidos naturales en cualquier comunidad como era nuestra chiquita Colima por aquellos tiempos, en que todo mundo se conocía y que en las visitas y en las pláticas de sobremesa eran obligadas para contarlas, y así pasar el rato y reírse un poco de las cosas que a todos solían pasarnos.

* Empresario, historiador y narrador. †

Sueño

Azul Sevilla

Cada vez, así, a la distancia,
te persigo como mi noche a tu día,
imagino tus manos recorriendo mi cuerpo,
tus labios besar mi piel,
mi pelo enredándose en tus dedos
y mis piernas rodeando tus caderas.

Llenarme de ti sería mi pasatiempo favorito,
llevaría tu aroma a todos lados,
robaría un mechón de tu pelo castaño
y no me cansaría de verte sonreír.

Anoche estuve a nada de decirte
que te deseaba, pero las circunstancias
me lo impidieron, porque era un sueño.

Un pez

Lía Llamas

Vino con sus alas de pez a bailar sobre mi ombligo
prendió la creencia de que la noche era tímida
haciendo estadía en cada una de las estrellas
se dio el lujo de bautizar cada nebulosa
abrió un boquete al silencio de las palabras
desnudo las margaritas construyendo raíces
besó al escorpión en su boca
bebió a cuentagotas su veneno
al perfume de sus poros untó saliva en cada átomo
temía cargar los muslos del pecado
porque su herencia sería la condena
de unos ojos lagunosos cafés llenos de espasmos
o del negro sur caminando en su regazo
del tacto necesidad
del abrazo la risa
llanto roce
cuerpos como espejos
¿qué tienen de común desierto y mar?
Mira el agua con el fuego
ígneos atravesándolo
la pura sed del ocaso
pan de anís sus labios
la lira su voz cautelosamente
porque sus manos son el entronque
la valla del cielo en mi cuello

Ven y toma mi maná
ven y acaricia mi frente
ven y planta tus palabras en mi bosque
ven y haz un nido en la higuera
porque el tiempo es un cañón imparable
y los segundos quieren estar cerca de tus latidos
preñar los laúdes de tu cabello
boca a boca imperfecta
de versos a poemas
para desembocar a tu pecho.